

La arritmia de la noche

Cuando me dispongo a escuchar poesía y me ofrecen un torrente cacofónico de discurso cotidiano embutido en la tripa laxa del verso libre y dividido caprichosamente por la mano indómita de la ingorancia, me hacen profundamente infeliz. Aunque sea por piedad, ¿alguien quiere pensar en los ritmos?

Abandonemos la rima, esa discapacidad asociativa que seca el instinto, démosle soberanía al sentido; incendiemos las formas poéticas, el orgullo de dorar la jaula, desistamos de puertear los anales de la historia y minar los oropeles pedantes de la vanguardia imperial; matemos con la indiferencia a los temas clásicos y al lenguaje preciosista y a esos recursos y tropos con nombres de instrumentos de tortura, anidemos en la anécdota simpática y la referencia reconocible y la arenga apasionada sobre cosas en las que todos estamos de acuerdo; manipulemos el género empantanado e insuflémosle humor y escatología con divino capricho, pero por favor, por favor, **no perdamos el ritmo.**

Hay algo -además de la vergüencita del autor- que distingue a un poema de un “texto” o del aún más tímido “escrito”, y es el uso consciente de la musicalidad del lenguaje. Porque el ritmo, como el sol, está siempre aunque no lo veas. Somos criaturas de tiempo, vivimos entre repeticiones y cambios, y el ritmo del texto -no sólo en la oralización, donde las pausas y velocidades son más evidentes, sino en la conformación misma del texto, a selección de palabras y sonidos- es lo que nos seduce a recrear las imágenes del autor, a sentir y producir sentido no desde el cerebro o el corazón sino desde el centro de gravedad, ahí donde anida la *Kundalini* y tantas otras fantasías, y nos empuja a enfrentarnos a nuestra propia finitud en el eco de cada intervalo. Es lo que marca una dirección de interpretación, transmite ansiedad angurriente, tensión, rupturas abruptas, naturalidad, incomodidad. Basta evocar esos versos que, leídos u oídos, nos detuvieron la respiración, y decirlos en voz alta: **la musicalidad de la frase resuena en nosotros más que la significación lingüística.** En un poema (y hay quienes dirían: en todo) el relato, aquello que se cuenta, está supeditado a cómo se lo cuenta. Los tres versos justos que cristalizan un instante íntimo calarán siempre más hondo en la sensibilidad y en la memoria que la más divertida descripción del derrotero sexual y lisérgico de una persona básicamente igual a uno. **El ritmo por sí solo no alcanza, pero sin él no hay poema.** Lo que hay son otras cosas, con otros atributos atractivos. Pero perorar sobre qué es y qué no es poesía es la paja menos satisfactoria que se me ocurre, así que sólo nos pido esto: no perdamos el ritmo. De metáforas, temas y recursos podemos hablar después.

Lo que es yo, seguiré consumiendo alegremente todo lo que se llame poesía oral y escrita, y si bien no necesito que cada obra que veo me atravesara hasta la médula y me conmueva el universo, vivo por que eso pase de vez en cuando. Quien sube a un escenario y usufructúa la sensibilidad permeable de un público bien dispuesto (recurso volátil), quien ocupa la silueta de la *Belleza*, es responsable de colmarla, tanto como le sea posible. Los artistas que juegan y discuten con su talento, que enceran y pulen su obra, me hacen feliz. Háganme más feliz.